

La Era de los Descubrimientos Españoles (1492-1565)

Autoría: Luis Antequera

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia y exploraciones	23-37	TDL-83-2024-023-037

TIPO DOCUMENTAL

Ensayo histórico

RESUMEN DOCUMENTAL

Ensayo sobre las exploraciones marítimas españolas entre 1492 y 1565. Luis Antequera organiza el periodo en cinco grandes hitos: conocimiento de los confines del Atlántico, llegada a América, establecimiento del tornaviaje atlántico, navegación y reconocimiento del Pacífico y descubrimiento del tornaviaje pacífico. El autor presenta estos procesos como una ampliación decisiva del conocimiento geográfico y de las rutas de navegación de la Edad Moderna.

PALABRAS CLAVE

descubrimientos españoles · 1492 · 1565 · Atlántico · Pacífico · tornaviaje · exploración marítima

CITA BIBLIOGRÁFICA

Luis Antequera. «La Era de los Descubrimientos Españoles (1492-1565)». Torre de los Lujanes, n.º 83, 2024, pp. 23-37. ISSN 1136-4343.

La Era de los Descubrimientos Españoles (1492-1565)

Por *Luis Antequera* Descubrimiento de América. Son muchos los que dicen que nada de nada, que los españoles no descubrieron América. ¿Y saben qué? Que no les falta razón, porque efectivamente, España no descubrió América: España lo que descubrió es el 60% del planeta Tierra, todo lo que va desde el meridiano 15 oeste que pasa por las islas Canarias, hasta el meridiano 128 este que pasa por las islas Molucas, esto es 217 meridianos de los 360 en que se divide (artificialmente) el mundo. En números redondos un 60% del planeta.

Un descubrimiento que tiene lugar a lo largo de 73 años, los que van desde el 1492, en que empieza la aventura española de los mares, hasta el año 1565. Y que, a su vez, se divide en cinco grandes descubrimientos de los que el de América es, sólo, uno más. Por lo que titularlo, como se acostumbra a hacer,

“Descubrimiento de América” es, efectivamente, desacertado, fragmentario, nada acorde con la realidad histórica.

Los confines del Atlántico

El primero de esos cinco descubrimientos de los que hablamos no es otro que el de los confines del Atlántico, tan íntimamente unido al del continente americano que a nadie hasta la fecha se le ha ocurrido referirlo como descubrimiento en sí mismo. Pero lo es: el de los confines del Atlántico es un descubrimiento *per se*, independiente de que América estuviera al otro lado o no lo hubiera estado.

Cuando la aventura española comienza, nada se conoce del Atlántico que vaya más allá de las islas Canarias, islas que, por otro lado, eran conocidas desde antiquísimo, y que no en balde, ya llamaba Plinio el Viejo, romano del s. I, las “Fortunatae Insulae”, las Islas Afortunadas. Un poco más, si quieren Vds, merced a la labor realizada por los portugueses desde que, en 1249, terminada su Reconquista con la conquista del Algarve, se lanzan a los mares con fruición, explorando la costa occidental de Africa, y tantas islas atlánticas que van a ir descubriendo, así Madeira en 1418, Azores en 1431, Cabo Verde en 1456, etc.... pero poco más.

Nadie duda por aquel entonces de que la Tierra es redonda, un pastor en La Mancha tal vez, pero nadie preocupado por la importancia de dicha esfericidad: ni marinos, ni geógrafos, ni astrónomos, ni cartógrafos dudan de la redondez del planeta. Y de que navegando hacia occidente, tarde o temprano se llega a las costas orientales de Asia.

Ahora bien, sí subsisten otras dudas: en ese gigantesco Atlántico cuyas dimensiones no se conocen todavía ¿habrá tierra por

medio? ¿habrá agujeros, formidables monstruos marinos capaces de engullir una nave de un solo bocado? ¿serán aguas frías o calientes? ¿y los vientos? ¿serán gobernables? ¿será posible que ni siquiera haya vientos, y en consecuencia, la navegación sea inviable? ¿o que habiéndolos, devuelvan las naves inexorablemente al lugar de origen? Todas esas preguntas había que responderlas. Todo eso había que “descubrirlo”. Y efectivamente, lo “descubrieron”, lo “desvelaron”, lo “resolvieron”... los marinos españoles.

América

El segundo gran descubrimiento de los realizados por los españoles es, este sí, el de América, aquellas tierras que ponen fin a la extensión del océano Atlántico. Y bien, cuando los españoles llegan a América... ¿con qué se encuentran? Pues se encuentran con tres cosas, ni más ni menos.

Para empezar, y por encima de todo, con una tabla de salvación. Aquellos marinos habían llegado a América al límite de sus posibilidades, extenuados, ni un pasito adelante para seguir hacia Asia, ni un pasito atrás para volver a casa: las fuerzas estaban exhaustas, los alimentos agotados, la esperanza muerta. De no haber estado América a 70 días de navegación de España, con que hubiera estado sólo cinco días más lejos, nada habríamos vuelto a saber de aquellos marineros, se habría perdido de ellos toda memoria.

En segundo lugar, América fue, para aquellos marineros, no sólo un viaje de tantas leguas, sino, aún más y no menos importante, un viaje en el tiempo de siete mil años, un verdadero retorno al neolítico: aborígenes desnudos que no conocían la rueda, la escritura, la ganadería, el transporte por bestias, nada, conocimientos mínimos,

nula tecnología, y por supuesto, nula riqueza: ese supuesto intercambio de “oro por baratijas” que habría permitido a todos aquellos marineros volver enriquecidos a casa es sólo parte de la febril imaginación de tantos enemigos como tiene la obra de España en la Historia. De hecho, porque así nos lo cuenta Colón en sus Relaciones (las cartas que enviaba a los Reyes), conocemos bien el primer comercio que tuvo lugar entre el *Homo Europeus* y el *Homo Novus-mundus*: cuentas de vidrio por pájaros. Sí es verdad que Colón, él mismo, hizo algún hallazgo importante... pero poco más.

Y en tercer lugar, América representó una inmensa barrera, una inmensa muralla que iba desde el polo norte hasta el polo sur, insuperable, insalvable, inexpugnable, infranqueable, impidiendo conseguir lo que era el auténtico objetivo de aquella singladura, que no era el descubrimiento de ningún mundo nuevo, sino la llegada a las costas orientales de Asia, el Catay (la China), el Cipango (el Japón), las Indias, las islas de la Especiería, es decir, el verdadero paraíso del que uno volvía rico, con las mejores sedas, con perlas, con especias que valían más que el oro, con la porcelana, con tantas manufacturas como sólo los chinos eran capaces de producir. Desde este punto de vista, América representó, en realidad, la expresión del auténtico fracaso de una expedición: no, no se había llegado a la China, no se había llegado a la especiería. Esto es tanto así que Colón, de hecho, nunca aceptará que había hallado un nuevo mundo: no había en ello, para él, el menor prurito. A malas, aquel hallazgo fortuito, indeseable, de una tierra neolítica situada entre Europa y Asia, podía representar para el Descubridor, incluso, la pérdida de todos los títulos y prebendas que le otorgaran los Reyes de España en Santa Fe... por no cumplir con su parte, por no haber llegado, como había prometido, a las maravillosas costas orientales de Asia. Y por todo eso, América no será suficiente: España

perseverará, no se detendrá en el nuevo mundo hallado, seguirá realizando, como tendremos ocasión de ver, nuevos y aún más importantes descubrimientos, siempre en pos del mismo objetivo: cerrar el mundo, alcanzando Asia por el occidente.

Otrosí y no menos importante. Cuando hablamos del Descubrimiento de América, centramos nuestra mirada en lo que de descubrimiento tuvo para los europeos. Pero hay muchas personas, más allá de los europeos, para las que los exploradores, marinos y geógrafos españoles descubrieron América.’

Los europeos, al fin y al cabo, conocían bien su continente; tenían conciencia de la esfericidad de la Tierra; sabían de manera más o menos certera sus dimensiones que son, precisamente, de las que se habló en la Junta de Salamanca en la que Colón es entrevistado por lo más granado de la intelectualidad castellana antes de iniciar su viaje, junta ante la que defiende que la Tierra es mucho más pequeña de lo que es al solo efecto de hacer valer la viabilidad de su proyecto, siendo respondido por los sabios de Salamanca que se hallaba muy errado. Los europeos sabían que navegando hacia occidente, necesariamente se llegaba a Asia. Los europeos barajaban la posibilidad de que viaje tal pudiera tropezar con obstáculos insalvables como, por ejemplo, la presencia de tierra en la mitad.

Nada de eso formaba parte, en cambio, del acervo cultural de los indígenas americanos, desconocedores de las dimensiones de su propio continente, el luego llamado América, y de que éste solo era eso, un continente, y no el entero mundo; desconocedores de sus distintos paisajes, de sus distintos climas, de sus distintos pueblos y razas, de sus distintas lenguas, de sus distintos dioses. Para el común de los “americanos”, el entero mundo abarcaba veinte kilómetros a la redonda de su persona, y terminaba en el volcán contiguo, en el que residía Dios. En los imperios americanos, -aztecas, peruanos,

mayas tal vez, aunque su civilización había desaparecido ya para cuando llegan los españoles-, algo más... pero eso era todo. Por no ser, ni siquiera eran muchos los americanos, tal vez algunos en el istmo, que sabían que “su” continente estaba regado por dos mares, uno a cada lado.

Por todo ello, es perfectamente acertado afirmar que España, sus marinos, sus exploradores, sus geógrafos, no sólo descubrieron América a los europeos: mucho más todavía, si cabe, se la descubrieron a los propios americanos.

El Tornaviaje Atlántico

El tercero de los grandes descubrimientos realizado por aquellos marineros españoles es el que podemos denominar “el Tornaviaje Atlántico”, sin el cual nada es posible. Los que no vivimos de la mar somos poco conscientes de una realidad inexorable: por el contrario de lo que ocurre en tierra, donde un camino de ida es siempre el de vuelta, en la mar los caminos de ida nunca son los de retorno. En la mar, para llegar a un sitio, hay que hacer un doble descubrimiento: primero el de “cómo ir”; segundo el de “cómo volver”.

Y bien, el hallazgo de la ruta para volver de América, ¿es también un descubrimiento de Cristóbal Colón, como lo fueron el de los confines del Atlántico y el de América? Pues bien, no. El descubrimiento del Tornaviaje Atlántico, es decir, la ruta y los vientos para llegar de América a Europa, no es obra de Cristóbal Colón, es un hallazgo a imputar a ese personaje imprescindible para entender los primeros descubrimientos ocurridos durante la Era de los Descubrimientos Españoles, por nombre Martín Alonso Pinzón. ¿Qué ha ocurrido para que ello sea así?

Pues ha ocurrido que tres días antes de llegar a destino, de vuelta de realizar los dos sensacionales hallazgos de los que ya hemos hablado, confines del Atlántico y América, una tormenta separa inexorablemente las dos naves que vuelven del Nuevo Mundo, la Pinta y la Niña (la Santa María, como se sabe, encalla en la isla de La Española, y con sus restos se construye el primer fuerte americano). Y una pista: la Pinta, la grande, la complicada, la gobierna Pinzón; la Niña, la pequeña, mucho más ágil y maniobrera, la gobierna Colón. Así las cosas, Martín Alonso llega a destino por donde debía llegar, a saber, por un puerto español, puerto que no es otro que el de Bayona, en Galicia. Tres días después, nada menos que tres días después, llega, por fin, Colón. Y lo que es aún peor: lo hace por el único puerto de toda Europa, -se dice pronto-, por el que no debía llegar. Arribar por un puerto español es lo que se habría esperado del menos avezado de los marinos. En su defecto, podría haberlo hecho por un puerto francés, por un puerto británico, por un puerto alemán, por un puerto noruego... pero no, lo hace por el único puerto de toda Europa por el que no debía alcanzar tierra: ¿cuál de todos? Lisboa. ¿Y por qué no Lisboa? Porque Lisboa es la residencia del gran enemigo, -el enemigo por antonomasia-, de aquella aventura española: el Rey de Portugal, Juan II a la sazón.

¿Por qué hace Colón este extraño movimiento que permite al autor de estas líneas incluso sospechar que la separación de ambas carabelas con la tormenta no había sido fortuita, sino buscada de propósito por Colón? Aquí nos tenemos que refugiar, como tantas veces, en la nebulosa de la Historia. ¿Para solicitar del Rey portugués mejores capitulaciones que las recibidas de los Reyes Católicos? Improbable, las ofrecidas por los monarcas españoles eran ya demasiado buenas. Más probablemente, para darse el simple gustazo de mesar las pobladas barbas del rey portugués, una especie de “¿te acuerdas de aquel

viaje extraordinario a las Indias, navegando hacia occidente, que te ofrecí y que no me aceptaste? Pues mira, aquí estoy de vuelta, con el mayor de los éxitos después de haberlo conseguido”. De hecho, en el Archivo de la Nobleza de Toledo se halla la carta que Juan II enviará a Fernando el Católico (por cierto, a él y no a la reina), informándole de que ya está de retorno aquel marino extravagante que ofrecía un exótico viaje del que seguramente nunca volvería. Poco se percataba Colón, entonces, de que la razón por la que el rey portugués había dicho que no a su propuesta, nada tenía que ver ni con la poca fe del portugués de que navegando hacia occidente se había de llegar necesariamente a las costas orientales de Asia; ni con un hipotético miedo de que la expedición pudiera malograrse y con ella producirse la muerte de muchos marineros; ni con una supuesta incapacidad para financiarla, él que era el monarca más rico de Europa, gracias al comercio de carne humana africana del que, desde hacía varios años ya, tenía el práctico monopolio, sino con una razón mucho más sensata a la nos referiremos... pero más adelante.

El caso es que Colón se comportaría con tal altanería ante el que era uno de los señores más poderosos de su época, el rey de Portugal, que según algunas fuentes, hubo de salir de su presencia escoltado por el mismo rey, que le salvaría así de las iras de la nobleza portuguesa, deseosa de linchar *in situ* a aquel impertinente marinerete que con tanta altivez se comportaba ante nada menos que su soberano. Así pues, un gesto gratuito, la visita al rey de Portugal, que privaría de esta manera al impertinente almirante de ser el primer ser humano en navegar desde América hasta Europa: así de vano era.

Gesto que, por otro lado, nos aporta una importante pista sobre los verdaderos orígenes del supuesto genovés. La pregunta, llegados a este punto, es: ¿a qué ese afán en presentarse, precisamente, ante el monarca portugués, y no ante cualquier otro de aquéllos a los que

Colón y su hermano habían visitado buscando el patrocinio real a su aventura, el rey de Francia o el rey de Inglaterra?

La respuesta tal vez hayamos de encontrarla en lo que podríamos denominar “el síndrome del indiano”, ya saben Vds., aquellos forzados y socorridos españoles conocidos como “indianos” que en los siglos XIX y XX partían para América a buscar fortuna con una mano delante y otra detrás, y cuando al cabo de un tiempo la habían conseguido, no tenían otro afán que el de volver a su tierra en España, por pobre y lejana que fuera, para construir el más vistoso de los palacios y epatar a sus vecinos, que ya casi ni se acordaban de aquel muchachito miserable que tantas décadas antes partiera para América a la búsqueda de una vida mejor. Volvían a su tierra, no volvían a Madrid, o a Sevilla, o a Toledo... a su tierra, para impresionar a los suyos... ¿cómo Colón hiciera, tal vez, volviendo a Portugal, a epatar a nada menos que el gran señor de la que era su tierra natal, su “señor natural”, el mismísimo rey de Portugal? ¿No sería porque, después de todo, Colón era portugués?

El Pacífico

El cuarto gran descubrimiento de los cinco realizados por los españoles durante la que denominamos “la Era de los Descubrimientos Españoles”, no es otro que el del gran mar Pacífico, el más extenso y profundo de la Tierra. Fijense Vds., a mi entender, y sobre todo en el contexto de su época, el más importante de todos los descubrimientos hispanos, más incluso que el de América.

El descubrimiento del Pacífico se va a hacer en tres fases, una de tipo “deductivo”, las otras dos de tipo “inductivo”. Nada hay de particular en que sea así: otros descubrimientos, no tan importantes

desde luego, pero no por ello menos ciertos, se han hecho de igual manera. Un clásico es el de Neptuno, el planeta Neptuno, descubierto primero de una manera deductiva por el matemático alemán Johan Gottfried Galle, quien calculando las fuerzas del universo llega a la conclusión de que en un punto determinado del mismo ha de hallarse necesariamente un planeta, y después por el astrónomo francés Urbain Leverrier, que apenas unos días después de publicadas las conclusiones de Galle, avista ese famoso planeta que necesariamente se escondía en el punto que señalaba el alemán.

Pues bien, el descubrimiento “deductivo” del Pacífico, primero de los tres de los que hablamos, se lo debemos al cartógrafo lorenés Martin Waldsemüller, que en su obra “Universalis Cosmographia”, publicada en el año de 1507, la misma en la que dará a América nombre tal con el que queda consagrada en la Historia, dibuja al occidente del continente, de la más rudimentaria de las maneras, con una línea recta sin ningún contorno, el mar Pacífico, al que ni siquiera da nombre. Pero el cálculo de las medidas de la Tierra y la constatación de que América no es Asia, le obliga a considerar severamente la posibilidad de que entre las tierras del Nuevo Mundo y Asia existe un inmenso mar que separa a ambos continentes.

El segundo descubrimiento del Pacífico es sobradamente conocido: es el realizado en 1513 por Vasco Núñez de Balboa, que lo hace por tierra, recorriendo todo el camino que existe desde el norte de Panamá, donde reside, hasta el sur, donde visionará por primera vez el mar Pacífico, al que va a llamar Mar del Sur, porque él lo ve al sur, aunque, en realidad, sea el gigantesco Mar del Oeste que permite llegar hasta las ansiadas costas orientales de Asia.

Y el tercer descubrimiento, a la postre el más importante de todos, el que realiza Magallanes el 27 de noviembre de 1520, tras una durísima navegación a lo largo de toda la costa oriental sudamericana y luego

del estrecho que une Atlántico y Pacífico y que se sigue llamando al día de hoy, en su honor, estrecho de Magallanes. Y digo el más importante porque es el que va a permitir la navegación continuada desde Europa hasta Asia circulando hacia occidente, sin necesidad de hacer escala terrestre alguna, certificando así, la plena navegabilidad de todo el planeta Tierra y culminando lo que fue desde el principio el objetivo de la gran aventura castellana: llegar a Asia, verdadero objetivo de tanta aventura, navegando hacia occidente.

Magallanes, como antes su posible compatriota Cristóbal Colón, se dirige también al Rey de Portugal para que patrocine su aventura. Y como a Colón, también a Magallanes le niega el rey portugués, ahora Manuel I, su apoyo.

Teniendo como tenía Portugal la mejor marina del momento en competencia con la española, no careciendo en modo alguno de los medios financieros, ¿por qué le dice el rey Manuel a Magallanes que no? Pues ni más ni menos que por la misma razón por la que su predecesor y primo, Juan II, le había dado a Colón. Portugal, elevada a la categoría de la gran potencia europea del momento, muy por delante de Francia o de Inglaterra, volcada a los mares desde dos siglos ya, es, sin embargo, demográficamente hablando, una potencia de segundo y hasta de tercer orden: apenas un millón de habitantes en una Europa que cuenta ya con más de cien, con una España que pueblan siete millones de seres, y una Francia, una Alemania, una Gran Bretaña, o una Italia que, aunque no gocen de unidad política, tienen cada una quince millones de habitantes ya. En condiciones tales, es verdaderamente mágico que los portugueses pudieran defender solventemente, como vienen haciendo desde hace muchos años, el monopolio que tienen sobre la ruta africana hacia la China de la seda y de la porcelana, o las Molucas de las especias. ¿Qué interés puede tener el rey portugués en duplicar esfuer-

zos para defender también una nueva ruta completamente diferente y lejana hacia esos mismos lugares que ya gestiona en monopolio desde hace algún que otro siglo?

El rey portugués no es que no esté interesado en gestionar la ruta que le propone Magallanes... ¡es que ni siquiera quiere que aparezca! Sabe perfectamente que existe, nadie lo sabe tan bien como él... ¡pero no quiere que aparezca! ¿La prueba del 9 de que esto es así? Pues sí, existe, ya lo creo que existe.

Conocedor Manuel I de que Magallanes ha firmado unas capitulaciones para realizar el viaje tan temido por el rey portugués que debería abrir una nueva ruta hacia las Indias por el lado opuesto de la Tierra, su primer instinto es eliminar al marino. “Muerto el perro se acabó la rabia”, debió de decirse el monarca luso nada iluso. Agentes portugueses se reparten por toda España para dar al navegante portugués su última estocada. Este, perfectamente consciente de las intenciones del que es su señor natural, circula con escoltas, y es imposible abatirlo. Manuel I recurre entonces a un plan B. “Dado que no puedo eliminarlo, anulemos pues su voluntad”. Y le ofrece al marino luso castellanizado una suma formidable de dinero... ¿para que realice el proyecto para él? Ni hablar. ¡Para que no lo realice! Es decir, para que no abra la nueva ruta, ni para él, ni para nadie. Manuel I sabe perfectamente que es cuestión de tiempo, pero cada año que la ruta permanezca escondida, inexplorada, desconocida, es un año más que dura su más que lucrativo monopolio del comercio con Oriente. Lo que el rey de Portugal intenta comprar es tiempo, ni más ni menos que tiempo.

El Tornaviaje Pacífico

Así llamado por cierto, “Tornaviaje Pacífico”, y no simplemente “Tornaviaje”, como acostumbra a hacerse, pues ya hemos visto que existen otros y no poco importantes tornaviajes, como el del Atlántico que veíamos arriba y que constituyó, en sí, un gran descubrimiento, español también.

Lo del Tornaviaje Pacífico no deja de ser un hecho curioso. Pues con toda la experiencia acumulada por los marinos españoles a lo largo de muchos años de afrontar las peores condiciones de navegación, debería presentarse como el más fácil de todos los retos que se plantearon a esos curtidos navegantes. Y sin embargo, no fue así. El descubrimiento del Tornaviaje Pacífico va a llevar a los hombres españoles de la mar nada menos que cuarenta y cinco largos años de arduos trabajos, y hasta seis expediciones fracasadas.

El primer intento fallido se ha de atribuir a Gonzalo Gómez de Espinosa, el compañero de Elcano que, al mando de la Trinidad, y por el contrario de lo que hiciera el marino de Guetaria, intenta volver de las Molucas navegando hacia oriente y retornando a América, sin conseguirlo y quedando al final preso de los portugueses en Molucas, de donde no supo salir. El segundo fracaso es el de la expedición de García Jofre de Loaysa en 1525, en la que participan marinos de la talla de un Elcano, -que morirá en ella, así como Loaysa-, o Urdaneta, de quien tendremos ocasión de hablar. Dos veces lo intentará Álvaro de Saavedra, primo de Hernán Cortés, la primera en 1528, la segunda, -en la que muere-, un año más tarde; una vez lo intenta también Hernando Grijalva, en 1537; y otra, por fin, Ruy López de Villalobos, en 1542.

No será hasta 1565 cuando se consiga el ansiado objetivo de retornar a América desde Asia. Todo comienza cuando un fraile español, por nombre Andrés de Urdaneta, recibe de Felipe II el encargo de

organizar una expedición para conquistar las Filipinas, expedición cuyo mando ofrecerá el fraile a su primo Miguel de Legazpi que, efectivamente, pone pie exitosamente en las Filipinas en 1565. Este Andrés de Urdaneta había formado parte de la expedición de García Jofre de Loaysa, y preso de los portugueses, había acabado retornando a España en 1536, con lo cual pasaba a engrosar la selecta nómina de los circunvaladores.

Una vez en Filipinas, Urdaneta mandará la expedición que hará el séptimo intento de retornar a América desde Asia, empeño que conseguirá, por fin, ayudándose de la corriente llamada del Kuro Shivo, o Viento Negro, que busca hacia el norte, a la altura del sur de Japón, la cual le encamina directamente a California, desde donde realizando navegación de cabotaje por la costa de América del Norte, llega finalmente al puerto español de Acapulco, el más importante del Pacífico.

Se inaugura así la que, a partir de entonces, será la ruta comercial más importante del mundo, la que realizaba por el Pacífico el llamado “Galeón de Manila” y también “Galeón de Acapulco” o “Nao de China”, que, completada con la que hacían por el Atlántico entre América y Europa los barcos que escoltaba la llamada Flota de Indias, hará posible,

a partir de ese momento, la que de manera muy afortunada se da en llamar, desde hace no demasiado tiempo-, “La Primera Globalización”, gracias, entre otros medios al maravilloso documental del mismo nombre, obra de José Luis López Linares. Esta fue, la primera vez en toda la historia de la Humanidad en que todos los productos asiáticos son comerciables en América y en Europa; todos los productos americanos son comerciables en Europa y en Asia; y todos los productos europeos son comerciables en América y en Asia. Y todo ello, por otro lado, gracias a la plata española extraída en yaci-

mientos americanos como, por ejemplo, el del Potosí, descubierto en 1545, y que, según algunos autores, proveyó hasta el 70% de toda la plata que circulaba entonces por el mundo.

Conclusión

En conclusión, tienen razón los que afirman que España no descubrió América, agradecidos les quedamos, porque España lo que descubrió, en realidad, fue el 60% del planeta Tierra.

Y eso si lo miramos desde Europa, y en todo caso, desde Asia. Porque si lo miramos desde América, con la óptica de aquellos americanos con los que entraron en contacto los primeros exploradores españoles, entonces tenemos que decir que España, lo que les descubrió es el 100% del planeta Tierra, del que no tenían mayor conocimiento que los veinte kilómetros a la redonda en los que, para la mayoría de ellos, se desenvolvía por aquel entonces su exigua y limitada existencia.

Luis Antequera.